

Fernando Ortiz, *Italia y Cuba*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 1998

por Pablo Guadarrama González

La formación intelectual del sabio cubano Fernando Ortiz y Fernández<sup>1</sup> –considerado, indiscutiblemente por su extraordinaria obra<sup>2</sup>,

1. Nace en La Habana en 1861. Su educación primaria y media la recibe en Menorca (Baleares). Inicia sus estudios de Derecho en la Universidad de La Habana en 1895, los cuales concluye en Barcelona. Posteriormente realiza su doctorado en Madrid. Trabaja como diplomático en España, Francia e Italia. Establece amistad con César Lombroso y Enrico Ferri, quienes inicialmente tendrán decisiva influencia en su formación intelectual, especialmente en la criminología. Profesor de Derecho de la Universidad de La Habana, dirigió durante medio siglo la revista *Bimestre Cubano* y otras publicaciones e instituciones como la Sociedad Económica de Amigos del País, la Sociedad de Folklore Cubano, la Institución Hispanoamericana de Cultura y el Instituto Internacional de Estudios Afroamericanos. Se destaca también por su actividad política como representante a la Cámara. Fue profesor de la Universidad Popular. Se vincula a los mejores y más progresistas intelectuales de su época, como el Grupo Minorista, y se opone a la dictadura de Gerardo Machado, que lo condujo finalmente al exilio en Estados Unidos. Declarado enemigo del fascismo en todas sus expresiones. Preside en 1945 el Instituto Cultural Cubano-Soviético. Numerosas instituciones académicas internacionales lo reconocieron como un destacado investigador sobre problemas históricos, sociales, antropológicos, étnicos, raciales, religiosos, musicales, etc. Dejó una amplísima obra escrita, alguna de ella traducida a otros idiomas, indispensable para el conocimiento de la cultura cubana y caribeña. Recibió el doctorado *honoris causa* en Humanidades de la Universidad de Columbia, Estados Unidos de América; en Etnografía, en la Universidad del Cuzco, Perú, y en Derecho, en la Universidad Central de Las Villas, Cuba. Funda y promueve numerosas revistas culturales en su país y en el exterior. Fallece en La Habana en 1969.

2. Una selección de sus principales libros debe destacar entre ellos *Principi y proces* (Artículos de costumbres en dialecto menorquín Fábregas, Ciudadela, 1895); *Hampa afrocubana. Los negros brujos* (Apuntes para un estudio de etnología criminal). Carta-prólogo de César Lombroso. Librería du F Madrid, 1906; “Hampa afrocubana. Los negros esclavos” (Estudio sociológico y derecho público), *Revista Bimestre Cubano*, La Habana, 1916; *Un catauro de cubanismos, apuntes lexicográficos*, La Habana, 1922; *Glosario de afronegrismos*. Prólogo de Juan M. Dihigo. Impr. El Siglo XX, La Habana, 1924; *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (Advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su etnografía transculturación). Prólogo de Herminio Portell Vilá; introducción. Bronislaw Malinowski; J. Montero, La Habana, 1940; *Las cuatro culturas indias de Cuba*. Arellano y Cía, La Habana, 1943; *El engaño de las razas*. Páginas, La Habana, 1946; *El buracán, su mitología y sus símbolos*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947; *La africanía de la música folklórica de Cuba*. Ministerio de Educación Dirección, de Cultura, La Habana, 1950; *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*. Prólogo de Alfonso Reyes. Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1951; *Los instrumentos de la música afrocubana*. Publicaciones de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, La



como quien mejor ha contribuido al conocimiento de la especificidad de la cultura cubana<sup>3</sup>– tuvo muchas deudas con Italia, y en especial con algunas personalidades con las que mantuvo no solo una relación académica por sus iniciales simpatías con el positivismo<sup>4</sup>, –al que caracterizaba como “materialismo científico”<sup>5</sup>, especialmente en el plano jurídico<sup>6</sup>–, sino una profunda amistad, como lo fue en el caso de César Lombroso y Enrico Ferri.

El objetivo principal de este libro se revela al tratar de enaltecer los vínculos no solo culturales entre los pueblos de Cuba e Italia, sino especialmente los políticos e ideológicos que se consolidaron cuando este último apoyó de forma significativa las luchas independentistas de los cubanos.

En el ensayo principal que le da título al libro se puede apreciar como hilo conductor fundamental la expresión de profunda gratitud de Ortiz por las innumerables muestras de espontánea solidaridad de los italianos en relación con el proceso emancipador del pueblo cubano frente a la metrópoli española.

Comienza su análisis rememorando los ancestrales nexos entre ambos pueblos al considerar que “en la historia de Cuba, en sus linajes y entre sus pobladores, han figurado no pocos hijos de Italia. Lo atestiguan numerosos apellidos italianos que se han incorporado a nuestras crónicas públicas y familiares”<sup>7</sup>.

Destaca que “Las relaciones de Cuba con los italianos vienen de viejo, desde el mismo día de su descubrimiento por los intrépidos navegantes de la civilización occidental. Italiano fue Cristóbal Colón, y de Cuba recibió este un insuperable elogio. Para el gran genovés, Cuba era la más hermosa tierra que habían visto ojos humanos. Y fue Colón quien llevó de Cuba el regalo más estimado hecho por los indocubanos a las milenarias culturas del Viejo Mundo: el tabaco y el

---

Habana, 1952-1955 (cinco tomos); *Historia de la arqueología indocubana*. Impr. El Siglo XX, La Habana. (s.f); *Historia de una pelea cubana contra los demonios*. Universidad Central de Las Villas, Departamento de Relaciones Culturales, La Habana, 1959.

3. Juan Marinello lo caracterizó como el tercer descubridor de Cuba, después de Cristóbal Colón y Alejandro de Humbolt.

4. Véase P. Guadarrama, “La huella del positivismo en la obra de Fernando Ortiz”, *Islas*, Revista de la Universidad Central Marta Abreu de Las Villas, Santa Clara, n. 70, 1981, pp. 37-70.

5. F. Ortiz, “La filosofía penal de los espiritistas”, revista *Bimestre Cubana*, La Habana, ene-feb. 1914, p. 33.

6. “(...) inspirados por el positivismo criminológico italiano, por cuya doctrina quebramos nuestras primeras lanzas aún antes de salir de las aulas universitarias (1901)”. F. Ortiz, “Proyecto de código criminal cubano”, en revista *Bimestre Cubana*, V. XXI, n. 5, sep-oct. 1926, p. 682.

7. F. Ortiz, *Italia y Cuba*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 1998, p. 52.



arte de fumar. Y fue Colon quien recibió de los indios el vocablo toponímico *Auan*, que fue la raíz del nombre la *Habana*. Tras el genovés genial que imaginó, planificó y realizó la audaz empresa geográfica, política y económica del descubrimiento, otros muchos hijos de Italia se relacionaron con Cuba”<sup>8</sup>.

Pero el mayor énfasis lo pone en las relaciones que se establecieron durante el proceso independentista del pueblo cubano respecto a la metrópoli colonial española en el último tercio del siglo XIX.

Valora en especial que

la primera característica que se observa al estudiar el movimiento generoso de la democracia italiana por Cuba insurrecta, es la ninguna participación que los cubanos tomaron ni en su iniciativa ni en su desarrollo. Ciertamente en muchas naciones y en especial en las repúblicas de América, hubo almas nobles que simpatizaron con la causa cubana y de diversos modos colaboraron en ella, pero no es menos cierto que los cubanos emigrados eran los que mantenían la agitación, los que constituían los esparramados núcleos revolucionarios, y merced a ellos los pueblos de América libre avivaban el recuerdo de que gemía en el coloniaje una nación americana, merecedora de terminar la obra de Bolívar y de Washington. El pueblo de Italia no necesitó de un solo patriota cubano para sentirse con el deber de proclamar su solidaridad con el pueblo que en otro mundo pugnaba por ser libre, cuando en otras naciones los separatistas cubanos a duras penas podían hacer oír sus invocaciones a los más altos ideales de fraternidad humana, y no pocas veces se veían perseguidos por la hostilidad manifiesta o solapada y acogida comúnmente por la indiferencia general<sup>9</sup>.

El hecho de que el fervor solidario de los italianos por la independencia de los cubanos no haya sido personalmente promovido por ninguno de estos últimos llamó poderosamente la atención de Ortiz, por lo que valora tal postura como expresión de una arraigada conciencia política democrática del pueblo italiano, pero en especial de sus círculos intelectuales, que lógicamente era el sector que en esa época podía disponer de una mayor información al respecto.

Destaca que

la agitación cubanófila en Italia se caracterizó por otra circunstancia, que se derivó del carácter anterior, de la idealidad esencialmente altruista que la inspirara. Ella es que la propaganda por Cuba libre fue obra

8. *Ibíd.*, pp. 52-53.

9. *Ibíd.*, p. 85.



perfectamente intelectual; no se descubren en ella esas explosiones de sentimientos colectivos, a menudo inconscientes, que suelen hallarse en los movimientos populares; la acción de la democracia italiana por Cuba se debió a la mentalidad de sus directores y a la conciencia de aquella de que la independización de nuestra patria no era sino un capítulo de la historia de la libertad de los pueblos en general, y de que, por lo tanto, era un deber el que cooperaran con ella todos los espíritus elevados<sup>10</sup>.

De manera que el sabio cubano apreció este proceso solidario como expresión del inexorable movimiento progresivo de la historia humana –cuya inicial concepción positivista le había hecho considerar como de “ineludibles e inevitables leyes históricas”,<sup>11</sup> que marcaban el proceso de la evolución de las sociedades– y también de la fructífera articulación entre los sectores populares e intelectuales italianos.

Pero también de algún modo lo consideraría como una confirmación del proceso de universalización de la cultura política y ciudadana que se había incrementado con la cristalización de la modernidad, dando lugar a la constitución paulatina de aquel “ciudadano del mundo” preconizado por Kant. De manera que la internacionalización de las relaciones políticas, culturales y sociales del hombre contemporáneo tenían que pasar necesariamente por aquellos procesos de solidaridad internacional que con anterioridad se habían desarrollado durante las luchas independentistas de las trece colonias inglesas en Norteamérica, la Revolución francesa, la Revolución de Haití o las de los demás pueblos latinoamericanos liderados por Bolívar, San Martín, O’ Higgins, Artigas, Morelos, Morazán, etc.

Tales procesos de apoyo y solidaridad con los procesos revolucionarios en el mundo no desaparecieron, sino por el contrario, se acrecentaron en el siglo XX, por lo que Fernando Ortiz pudo apreciar algunos de ellos, como en el caso de la Revolución mexicana, la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia, la guerra civil española, la lucha contra el fascismo durante la Segunda Guerra Mundial, de la cual fue activo partícipe, del mismo modo que expresó su franca solidaridad con la Unión Soviética, aun en los más oscuros años de la “guerra fría”. De manera mucho más cercana, observó los que se produjeron en relación con la Revolución cubana.

Ortiz expresa en este libro, específicamente en relación con el pueblo italiano, así como en otros trabajos, la satisfacción por el hecho de que la conciencia solidaria e internacionalista se universalice cada vez más.

10. *Ibíd.*, p. 86.

11. F. Ortiz, *Entre cubanos*, Librería Ollendorf, París, 1913, p. 40.



Por eso el pueblo de Italia –sostiene– al simpatizar con la democracia de Cuba, en medio de la general indiferencia, y considerarla digna de merecer los impulsos generosos de los hombres libres con igual derecho que la democracia helénica, la candiota, la española, la francesa, etcétera, demostró la firmeza, la lógica y la amplitud de sus ideales, que se extendían más allá de las convencionales limitaciones geográficas, políticas y étnicas<sup>12</sup>.

Resulta fácil advertir que este libro lo concibió para cumplir con un elemental deber de agradecimiento al pueblo italiano por aquellas muestras de apoyo, pues consideraba que era necesario que el pueblo cubano las apreciara debidamente. Por esta razón, planteaba que “la campaña cubanófila, llevada a cabo con éxito por el pueblo italiano, no se conoce bien en Cuba. Estas líneas tienden a fijar para siempre esta página de historia, que es también nuestra, porque para nosotros fue escrita”<sup>13</sup>.

Especial atención le dedica a las simpatías de Garibaldi y Mazzini con el proceso independentista cubano. Parece que la relación de este último con Cuba estuvo afianzada en el conocimiento que tuvo de la situación de la Isla con algunos intelectuales cubanos entre quienes se encontraba el filósofo José de la Luz y Caballero con quien estableció amistad y “con quien compartió frecuentes tertulias”<sup>14</sup>. El filósofo cubano sostenía que Mazzini “es el Lutero de la nueva época; porque es cabeza, corazón y brazo”<sup>15</sup>, por lo que se identificaba con su lema “predicar, luchar, obrar”<sup>16</sup>.

Ortiz se identificó con los que consideraron a “José Martí, filósofo y poeta, el Mazzini de los cubanos”<sup>17</sup>. Y destaca el hecho de que

Cuando aún no se había logrado la unidad italiana, Mazzini ya manifestaba su opinión favorable a la libertad e independencia de Cuba, en una carta dirigida a un general de Norteamérica, en la cual increpaba la parcialidad de los Estados Unidos ante la iniciada revolución cubana de los diez años, resistiéndose a ayudar a los separatistas de Cuba<sup>18</sup>.

12. F. Ortiz, *Italia y Cuba*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 1998, p. 86.

13. *Ibíd.*, p. 84.

14. P. Cartaya Cotta, *José de la Luz y Caballero y la pedagogía de su época*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1989, p. 39.

15. J. de la Luz y Caballero, *Obras, Aforismos*, Biblioteca de Clásicos Cubanos, Imagen Contemporánea, La Habana, 2002, Tomo I. p. 5.

16. *Idem.*

17. F. Ortiz, *Italia y Cuba*, p. 96.

18. *Ibíd.*, p. 79.



De manera que el prócer italiano coincidía con aquellos que, como premonitoriamente había planteado Bolívar, consideraban a los Estados Unidos de América como un serio peligro para la independencia y la soberanía de los pueblos latinoamericanos.

Salvador Bueno sostiene con sobradas razones que

La admiración de Fernando Ortiz por la patria de Mazzini la demostró durante toda su vida. Publicó en *Revista Bimestre Cubana*, de la que era director, órgano de la Sociedad Económica de Amigos del País, su estudio sobre ‘Garibaldi por Cuba libre’, donde demuestra las relaciones del patriota italiano con los cubanos en Nueva York y las cartas a Emilia Casanova, esposa del novelista Cirilo Villaverde, en las que reafirmaba su identificación con la empresa emancipadora cubana<sup>19</sup>.

A juicio de Ortiz,

Ha pasado casi un siglo y no pocas naciones han cambiado de condición y de postura; pero los problemas de la democracia continúan desarrollándose trágicamente por las mismas coordenadas de las fuerzas económicas e internacionales que desde hace siglos codeterminan, en uno u otro hemisferio, la parábola de la historia. Por esto, la figura de Garibaldi hoy se destaca con más precisos perfiles y más colosal silueta, sobre el fondo enrojecido de fuego y sangre que ahora ofrece el panorama de la humanidad irredenta. Y en Cuba, en toda esa América Latina que le dio cuna a su mujer querida, hoy se le comprende y se le ama aún mejor. Y se le quisiera redivivo<sup>20</sup>.

Más allá de los rumores sobre la presunta estancia de Garibaldi en Cuba –lo que realza Ortiz, después de tratar de demostrar que es bastante improbable que este hecho haya acaecido–, es su solidaridad manifiesta y reiterada con la causa emancipadora de los cubanos. Por lo que enfatiza que “está claro, pues, que Garibaldi simpatizaba con la libertad de Cuba, concordante con toda su heroica historia de libertador. Pero no se puede saber con igual claridad cuál era la actitud precisa de Garibaldi en cuanto a las condiciones para tomar parte en la Revolución Cubana”<sup>21</sup>.

Luego de analizar algunos de los factores que demuestran la escasa probabilidad de que el líder italiano hubiese estado en Cuba y

19. S. Bueno, “Introducción” a Ortiz, F. *Italia y Cuba*, op. cit., p. 9.

20. F. Ortiz, *Italia y Cuba*, op. cit., p. 81.

21. *Ibíd.*, p. 72.



mucho menos que hubiese de algún modo participado en las luchas independentistas de los cubanos, plantea que “todo esto no impide que Garibaldi fuese partidario de Cuba Libre y dispuesto a tratar su emblemática *camicia rossa* a los campos cubanos. Si el vendedor de Volturmo no empuñó armas en pro de Cuba, queda demostrado, no obstante, que Garibaldi en espíritu fue *mambi*”<sup>22</sup>, (Soldado independentista cubano, P.G.).

Pero ante ese hecho lo importante no es que el célebre combatiente italiano hubiese o no participado en las guerras independentistas de los cubanos, sino la impronta que su gesto solidario dejó, al menos entre aquellas generaciones.

Ortiz valora altamente el hecho de haberse constituido en Roma un Comité por la Libertad de Cuba, en el que colaboraron activamente destacadas personalidades de la ciencia, la filosofía, las artes, la política y en general la cultura latinoamericana. “El conocimiento –apunta al respecto– siquiera sumarisimo, de quienes formaron el núcleo de la agitación italiana en favor de Cuba, patentizará aún más el carácter absolutamente consciente de aquella y la congruencia política con que el pueblo de Italia se determinó por nuestra libertad política”<sup>23</sup>.

Se refiere con luctuosa memoria a varios italianos que murieron combatiendo por la libertad en los campos insurrectos cubanos –ya con anterioridad había investigado sobre estos *mambises italianos*–, a otros tantos que enaltecieron el espíritu político latino y participaron activamente en la construcción de la república cubana, así como desde diversas esferas como la ciencia, la educación, las artes, la literatura, etc.

De la misma forma, enaltece aquel gesto de honra brindado por los italianos en la tumba de Antonio Maceo y su ayudante Panchito Gómez Toro. Todos estos nexos constituían para Ortiz expresión de los más sinceros lazos de solidaridad, a la vez que de maduración de la conciencia democrática del pueblo italiano, afectado de manera transitoria por el fascismo, precisamente en la época de la Segunda Guerra Mundial, cuando escribía ese texto. Fue esta ocasión propicia para que expresara su profunda convicción de que ese digno pueblo recuperaría oportunamente las mieles de la democracia.

Entre los apéndices del libro se destacan los referidos a Lombroso y Ferri<sup>24</sup>. En relación con el primero lo consideraba “el fundador

22. *Ibíd.*, p. 76.

23. *Ibíd.*, p. 87.

24. “Enrique Ferri ha sido el más genial auxiliar de Lombroso, y así como este fundó la antropología criminal, de aquel nació la sociología criminal”, *Ibíd.*, p. 117.



de una ciencia” al que “se debe la regeneración del derecho penal contemporáneo”<sup>25</sup>. Estas semblanzas fueron escritas a raíz de la muerte del célebre intelectual italiano, ocurrida en 1909; se sentía profundamente agradecido con él por la cordialidad y apoyo intelectual que le había brindado para la elaboración de sus primeros trabajos. Así lo reconocería al escribir posteriormente: “En Italia, a pesar de las casi insuperables dificultades de la ausencia de Cuba, y aprovechando datos y observaciones personales y obtenidas trabajosamente por mí en mis excursiones al subsuelo social de Cuba, pude escribir mi libro *Hampa afrocubana. Los negros brujos*, mereciendo el honor de ser prologado por Lombroso”<sup>26</sup>.

Bajo su influencia Ortiz elaboró una propuesta de modificación del Código Penal en Cuba en 1925, en la que se evidencia la influencia aun de la concepción frenológica y socialdarwinista propia del positivismo criminalista. Poco a poco, con la profundización en los estudios antropológicos y etnológicos, no solamente se iba liberando de ella sino que hasta se le enfrentaría y tuvo una extraordinaria significación en el mestizo espacio cultural cubano.

Si en un inicio valoraba altamente aquellos supuestos descubrimientos científicos de Lombroso sobre la presunta superioridad del hombre de raza blanca en relación con las de otros colores, muy pronto Ortiz comenzaría a poner en duda aquella tesis socialdarwinista, al considerar que “la naturaleza no crea razas, como no crea especies ni géneros; el hombre las inventa para sus fines científicos, sociales, políticos, religiosos, etc.”<sup>27</sup>.

Sin duda, como sostiene Matos, “La conducta ‘antisocial’, las religiones salvajes, los cultos de brujería, son fenómenos que se producen, no por las características biológicas y naturales de los hombres, sino por el nivel de desarrollo social en que ellos viven. Esta visión de Ortiz lo va a diferenciar de algunas de las ideas de su maestro César Lombroso”<sup>28</sup>.

Ya desde sus trabajos de fines de la primera década del siglo XX se evidenciaba en Ortiz un paulatino distanciamiento de sus iniciales concepciones coincidentes con el criminólogo italiano sobre las razas y algunas leyes sociales.

25. *Ibíd.*, p. 104.

26. F. Ortiz, “Relación justificada de méritos y servicios”, *La Habana*, 12 de octubre de 1917. (Material mecanografiado, Biblioteca Nacional José Martí).

27. F. Ortiz, “Las rebeliones de los afrocubanos”, en revista *Bimestre Cubana*, *La Habana*, V. IV. n. 2. 1910, mar-abr. p. 13.

28. J.A. Matos Arévalos, *La historia en Fernando Ortiz*, Fundación Fernando Ortiz, *La Habana*, 1999, p. 25.



En 1910 planteaba que “la raza es una expresión meramente antropológica que no debe ser aplicada en sociología”<sup>29</sup>. Desde esa época reemplazaría el término *raza* por el de *grupos de civilización* al reconsiderar que “no hay pueblos, ni civilizaciones fatalmente superiores o inferiores, hay solo adelantos o atrasos, diferencias en tu marcha integral de la humanidad”<sup>30</sup>.

Propuso sustituir el concepto de raza por el de cultura, pues el primero portaba en sí muchos elementos nocivos cuando se tergiversaba su contenido. Para él,

Las ideas racistas son, al igual, contraproducentes. El concepto de raza, que es el más sobado y de mayor ingenuidad aparente, es también sin duda, muy perjudicial. Ante todo porque es falso. No hay raza hispánica, ni siquiera española. Y menos en América, donde conviven las razas más disímiles, con tal intensidad numérica que en no pocas repúblicas no es la que pudiera decirse raza hispánica predominante. El racismo hispánico es tan nocivo a nuestros países de América como puede serlo el ‘racismo negro’ o el ‘racismo indio’ y aun el ‘nórdico’ o anglosajón, que también agitan algunos en aquellas tierras. El racismo divide y es disociador, no solo desde un punto de vista universal, que ahora no interesa tanto, sino también desde una mirada estrictamente nacional, allá donde como en nuestras repúblicas, la nacionalidad necesita robustecerse por la creciente integración patriótica de todos sus complejÍsimos factores raciales<sup>31</sup>.

Pero esas ideas las desarrollaría profundamente y las fundamentaría en plena época de la Segunda Guerra Mundial, cuando la humanidad experimentaba uno de los más nefastos genocidios basados precisamente en criterios racistas. De ahí que tuviesen tanta significación entonces las siguientes palabras: “No hay una raza aria, no hay una raza germánica, no hay una raza anglosajona... Y las connotaciones anatómicas que son las verdaderamente raciales, en nada se relacionan con las capacidades intelectuales de los pueblos y con sus posiciones en la historia”<sup>32</sup>. Tales críticas a las teorías racistas alcanzarían una de sus mejores expresiones en 1946, en su obra *El engaño de las razas*<sup>33</sup>.

29. F. Ortiz, *La reconquista de América*, Librería Ollendorf, París, 1910, p. 19.

30. Ídem.

31. F. Ortiz, *José A. Saco y sus ideas cubanas*, La Habana, s.e. 1929, p. 13.

32. F. Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (Advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su etnografía transculturación). J. Montero, La Habana, 1940, p. 852.

33. Véase F. Ortiz, *El engaño de las razas*, Páginas, La Habana, 1946.



Por eso para Nicolás Guillén, el poeta nacional cubano, que contribuyó decisivamente a reivindicar las raíces africanas de la cultura cubana, “Eso le debemos a Ortiz, hizo familiar, cotidiana, la noción de mestizaje nacional, y fijó para siempre el carácter de nuestra cultura, partiendo de un punto de vista estrictamente científico”<sup>34</sup>.

Pero la cuestión no se limitaría a sus propuestas para una revalorización del problema racial en el desarrollo social, sino algo de mayor envergadura, como era el papel de las diferentes culturas en la historia de la humanidad, que le condujo a enfrentarse a la terminología acostumbrada entonces en la sociología y la antropología referida a la *aculturación*, frente a la cual propuso, con el manifiesto agrado de Bronislaw Malinowski<sup>35</sup>, el de *transculturación*<sup>36</sup>, que no limitó a los seres humanos<sup>37</sup>.

A partir de reconocer el papel emancipador de la cultura<sup>38</sup> y una concepción propia de los procesos culturales, Ortiz se adelantaría con mucha antelación a los que, a raíz del quinto centenario del presunto “descubrimiento” de América, con suficientes razones, nos cuestionamos quién descubrió a quién o si en verdad, como sostuvo Leopoldo Zea, lo que se había producido había sido un *encubrimiento*, en el que se trató no solo de subestimar o desestimar los valores de las culturas ancestrales de este continente, sino hasta de negar la condición humana de sus aborígenes.

Para Ortiz, “Ni es el hecho del descubrimiento colombiano en sí lo que los pueblos consideran, sino toda la inconmensurable significación

34. N. Guillén, “Fernando Ortiz”. *Granma*, La Habana, 12 de abril de 1969, p. 6.

35. “El Dr. Ortiz me dijo entonces que en su próximo libro iba a introducir un nuevo vocablo técnico, el término transculturación, para reemplazar varias expresiones corrientes, tales como ‘cambio cultural’, ‘aculturación’, ‘difusión’, ‘migración u osmosis de cultura’ y otras análogas que él consideraba como de sentido imperfectamente expresivo. Mi respuesta desde el primer momento fue de entusiasta acogida para ese neologismo. Y le prometí a su autor que yo me apropiaría de la nueva expresión, reconociendo su paternidad, para usarla constantemente y lealmente siempre que tuviera ocasión de hacerlo”. B. Malinowski, “Introducción” a F. Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (Yale University, julio, 1940). Dirección de Publicaciones Universidad Central de las Villas, Santa Clara, 1963, p. XII.

36. “Entendemos que el vocablo *transculturación* expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque este no consiste solamente en adquirir una cultura, que es lo que en rigor indica la voz anglo-americana *aculturación*, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial desculturación, y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse de *neoculturación*”. F. Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, op. cit., p. 103.

37. “El Doctor Ortiz redondeaba con posterioridad su pensamiento al aclarar que no solo se transculturaban los seres humanos, sino también las instituciones y las cosas atinentes a la vida social”. D. Iznaga, “Fernando Ortiz: la transculturación, concepto definitorio”, en *Bobemia*, La Habana, n. 74. junio 25, 1982, p. 16.

38. “(...) la cultura es fuerza y la fuerza es independencia”. F. Ortiz, *La reconquista de América*, Librería Ollendorf, París, 1910, p. 54.



de los valores humanos que en esa efeméride se representan. No fue en realidad un *Nuevo Mundo* lo encontrado, sino varios *mundos nuevos*. Dos mundos que se ignoraban se descubrieron uno al otro, y para ambos, que de dos meros semimundos pasaron a ser un mundo solo y verdadero; también fue nueva, novísima, cual nunca vieron las edades, la realidad geográfica y humana de la única y definitiva mundialidad<sup>39</sup>. De tal manera según este criterio, la nueva consideración del célebre genovés debía ser, en lugar de *descubridor*, la de *propiciador* del encuentro recíproco de múltiples culturas<sup>40</sup>, de esa especie de crisol étnico que consideró José Vasconcelos estaba conformada por lo que denominó *Indoamérica*.

En la actualidad son múltiples los investigadores que desde distintas disciplinas coinciden en considerar que la vasta obra de Fernando Ortiz constituye un manantial inagotable para comprender no solo los procesos de transculturación operados en el Caribe y en América, sino que ella ofrece a la vez un instrumental metodológico de extraordinario valor<sup>41</sup> para la comprensión de procesos similares en otras latitudes en la historia universal de la humanidad.

La trascendencia de su obra fue premonitoriamente avizorada por uno de sus primeros secretarios personales, Rubén Martínez Villena, al plantear en 1923:

Mañana, cuando triunfen los buenos ('los buenos son los que ganan a la larga'); cuando se aclare el horizonte lóbrego y se aviente el polvo de los ídolos falsos; cuando rueden al olvido piadoso los hombres que usaron máscaras intelectuales o patrióticas y eran por dentro lodo y serrín, la figura de Fernando Ortiz, con toda la solidez de su talento y su carácter,

39. F. Ortiz, *Fernando Ortiz y España a cien años de 1898*. Guanche, Jesús (Selección y prólogo). Colección Fernando Ortiz, La Habana, 1988, p. 97.

40. "La historia americana no puede ser comprendida sin conocer la de todas las esencias étnicas que en este continente se han fundido y sin apreciar cuál ha sido el verdadero resultado de su recíproca transculturación. Decimos recíproca porque hay empeño en hacer creer que no hay tal reciprocidad, y decimos verdadero porque mucho de lo que se tiene por congénito y típicamente racial es solo supositivo y efecto de sociales reverberaciones". F. Ortiz, *El engaño de las razas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 32.

41. "La complejidad del objeto de sus investigaciones: la cultura cubana, le obligaban constantemente a romper con prejuicios metodológicos y a construir sus propios métodos de análisis. Y no es de extrañar que fuese elogiado por positivistas, funcionalistas, estructuralistas, marxistas, historicistas, etc., porque cada uno de sus admiradores veía en su obra un referente paradigmático que enaltecía el conocimiento de la cultura cubana, caribeña, iberoamericana y, en definitiva, universal. Guadarrama, P. "La condición humana en la obra de Fernando Ortiz". Colectivo de autores dirigido por Guadarrama, P. *La condición humana en el pensamiento cubano del siglo XX. Segundo tercio del siglo*, Ciencias Sociales, La Habana, tomo II. 2012, pp. 49-82.



quedará en pie sobre los viejos escombros; y será escogida por la juventud reconstructora para servir como uno de los pilares maestros sobre los que se asiente la Nueva República<sup>42</sup>.

Esta premonición la confirmaría la historia no solo por el último de sus secretarios, Miguel Barnet<sup>43</sup>, sino también por otros múltiples intelectuales que han sabido aquilatar el valor de su labor, como Juan Marinello, para quien: “Y como la objetividad verdadera, la observación sincera y neta, la búsqueda de la verdad a toda costa traen el descubrimiento de la manquedad y la señal del síntoma transformador, toda la obra de Ortiz es, por esencia e intención, un empeño de entraña progresista”<sup>44</sup>.

Por su parte, Armando Hart ha considerado que “él simboliza, como pocos en nuestro siglo, la profunda relación que existe entre la ciencia, la cultura, la lucha patriótica, la defensa de la libertad humana y de la justicia social, y la vocación universal de nuestro pueblo”<sup>45</sup>.

La historia y el análisis de la especificidad e identidad de la cultura cubana se puede escribir a favor o en contra de las tesis al respecto de Fernando Ortiz, pero jamás ignorándolas, del mismo modo que su cimero lugar en el desarrollo de las ciencias sociales en Cuba<sup>46</sup>.

En su formación intelectual tuvieron una significación especial sus relaciones con Italia, y el sabio cubano intentó con este libro no solo saldar una deuda personal de gratitud al respecto, sino algo más importante, contribuir de algún modo a que el pueblo cubano reconozca las sinceras expresiones de solidaridad del pueblo italiano en defensa de su soberanía, que como es conocido no se limitaron exclusivamente a las luchas independentistas decimonónicas, sino que se han mantenido hasta los tiempos presentes.

42. R. Martínez Villena, “Prólogo”, *En la tribuna de Fernando Ortiz*, Imp. El siglo XX, La Habana, 1923, p. XVI.

43. “Toda su obra ha sido un intento de subvertir los valores académicos los prejuicios burgueses y la alienación que a capa y espada soñaba forjarse nuestra sociedad con el ideal siboneyista (se refiere a las pretensiones, prevalecientes durante muchos años, de reducir el origen del pueblo cubano solo al componente indígena, siboney), escamoteando los valiosos aportes de África y sus derivados mestizos”. M. Barnet, “5 preguntas a Fernando Ortiz”. *Órbita de Fernando Ortiz*, Editorial Unión, La Habana, 1965, p. 3.

44. J. Marinello, “Fernando Ortíz”, Casa de las Américas, año X, n. 55, julio-agosto, La Habana, 1969, p. 54.

45. A. Hart Dávalos, *Perfiles figuras cubanas*, Ediciones Creart, La Habana, 1994, p. 174.

46. “Fernando Ortiz fue, sin lugar a duda, uno de los principales precursores del movimiento de renovación de los estudios sociales en Cuba, porque además de su extraordinario aporte a los estudios etnológicos, brindó sólidos elementos conceptuales de carácter sociológico e histórico al empeño por lograr la modernización del conocimiento científico de la sociedad cubana”. P. M. Pruna Goodgall, *Historia de la ciencia y la tecnología en Cuba*, Editorial Científico Técnica, La Habana, 2006, pp. 236-237.